



Hellboy y las Presencias de Otros Mundos. (El Chico del Infierno frente a los Dioses Primordiales)

Jose Luis Cardero López

1. Los Dioses Primordiales. Lo Numinoso y su memoria. Recuerdos de la presencia entre nosotros de lo que es Ajeno

Cuando se camina lo suficiente a través de la niebla, es posible que lleguemos a discurrir por los senderos de un mundo perdido. En nuestra marcha notaremos primero –quizá, aunque no siempre- el leve hormigueo que suele producirse cuando se ha de atravesar un espacio-frontera. Después, cambiará nuestro cuerpo, que debe disolverse y ser adaptado en cada una de sus partes –esencia y sustancia- a las condiciones del otro mundo. Finalmente, un poco más tarde, comenzaremos a morir y tal vez, solo tal vez, nunca terminemos de hacerlo.

En las tradiciones de numerosas culturas se dice que al pasar de un mundo al otro aparece un Abismo –el Entremundo- donde encontraremos, o encontrará el viajero que hasta allá llegue, presencias que nos observan. Son aquellas entidades, de diversas procedencias, que no pueden morir. Aquellas criaturas que invocan con ansias, con palabras y gestos de proyectos condenados. Aquellas figuras fantasmales de cuya boca no puede salir más que ceniza y moho. Bien las conocía Arthur Machen y les dedicó más de una glosa en sus relatos, cuando hablaba del inmortal Pan y del Pueblo Blanco¹. Hemos de procurar no tropezarnos de frente con ninguno de ellos a lo largo del camino, ya que podríamos pagar tan caro nuestro descuido como nuestra audacia. Son entidades que bien pueden presentarse súbitamente ante nosotros y fascinarnos de tal manera, que no podríamos sobrevivir a ese choque sin perder en ello la cordura, el sentido de la realidad y su distancia con respecto a nosotros mismos, condiciones construidas con tanto empeño en cada una de nuestras pequeñas e insistentemente prolijas culturas.

Incluso, llegado el caso, podríamos comprometer pertenencias de cuerpo y mente todavía más preciadas. Porque Pan y los habitantes del Pueblo Blanco son algunas de las emanaciones más genuinas de lo Numinoso que aguarda, de lo que en sí y por sí mismo representa a su vez todo aquello que, de ordinario, suele ser ajeno y hostil a la humanidad y, al tiempo, paralizar y sorprender en emboscadas a sus presas. Nietzsche, por otra parte, lo sabía muy bien. Y no dudó en advertirnos de los temerosos laberintos que se ocultaban por detrás de los espléndidos y aparentes dioses olímpicos². O de la escasa distancia que, en ocasiones, parece existir entre las brillantes divinidades del panteón y los oscuros númenes que moran en lo más

¹ Arthur Machen, *The Great God Pan*, 1894. *The White People*, 1904.

² Nietzsche insiste en que la gran lección de los griegos consiste en mostrar cómo “los mayores productos del espíritu poseen un trasfondo terrible y malvado”. *Friedrich Nietzsche. Kritische Studienausgabe*. Ed. de Colli y M. Montinari, Berlin, Walter de Gruyter, 1980. Cita recogida en Friedrich Nietzsche, *Fragmentos póstumos (1875-1882)*. Volumen II. Tecnos. Madrid, 2008. Introducción de Manuel Barrios Casares, p. 19.

profundo de las selvas o en ciertas montañas en cuyas laderas humean siempre las hogueras de los sacrificios sangrientos. Recordemos a los licántropos de la Arcadia, de los que nos habla Walter Burkert³. Habríamos de transformarnos en águilas, para no temer esos encuentros. Porque los dioses oscuros y los monstruos no acostumbran a volar sobre los abismos, sino que esperan, ocultos en ellos, a sus presas.

Así, de todas las características exhibidas por esos habitantes del Entremundo, aquella de la que más deberíamos guardarnos es precisamente la sorpresa, la manifestación *sorprendente* de lo inesperado e insólito, de lo que vive generando su inabordable energía, desde la tensión mantenida por siempre en un aguardar infinito y sin prisas.

En la primera película de Hellboy⁴ se nos muestran varios de estos seres entremundanos, como Samael y los llamados Dioses del Caos, que flotan prisioneros en un helado mundo de cristal, de resonancias puramente lovecraftianas, residentes en un ámbito en el que, al correr de un espacio-tiempo absolutamente ajeno a la humanidad, hasta la misma muerte –tan radical y entusiásticamente humana ella misma- puede morir, según diría el maestro de Providence. Allí nace, o de allí surge en forma no muy bien aclarada, el propio Hellboy, un diablo que, por suerte o por causa de una jugarreta más del negro destino, comparte con nosotros ese mismo horror que suele inspirarnos el Entremundo y todo lo que en ese espacio intermedio se encierra. Aunque, como veremos luego, no todo es tan fácil de explicar.

Los seres invocados por ese personaje de naturaleza ambigua y paradójica que en la película se llama Rasputin, son representaciones muy características de tal ámbito. Es muy significativo que, en este caso, el invocante trabaje precisamente por cuenta de los nazis, los cuales fueron, como muy bien sabemos, capaces de constituir en su momento toda una serie de instituciones científicas con las que, pese a lo que pueda suponerse, no pretendían obtener progreso alguno de la ciencia humana, sino más bien destruir todo vestigio de ese conocimiento –bastardo, para ellos- que, con mejor o peor fortuna, pudo permitir que se levantase el espíritu del hombre hasta hacerle percibir las estrellas y el universo en que se albergaba.

El auténtico movimiento que existió –y que tal vez exista todavía- detrás de esa parafernalia de locura y crueldad exhibida por ciertos elementos del nacional-socialismo, pretendía destruir la civilización y la cultura humanas. Deseaba colocar en su lugar al llamado *hombre-dios* que, pese a su denominación híbrida, aunque todavía reconocible entre nosotros, no debería tener ya nada de humano, pues estaría destinado a representar lo absolutamente ajeno y otro.

El *hombre-dios* de la *Weltanschauung* nacional-socialista nace, muere, renace, cae de nuevo y vuelve a renacer. En la película, pero también fuera de ella, en la terrible realidad de nuestro mundo sometido en proyecto y en espera por la monstruosidad, el ser que resurgía arrastraba consigo algo más cada vez de su Señor Cósmico. En cada oportunidad, el portal de las dimensiones se abría con la intención de que su contenido pudiera vaciarse sobre nuestro mundo. Hellboy ha de convertirse, en su momento, en la llave del proceso. Es su papel, aunque, por fortuna, no su proyecto: convertirse en un demonio que abra la puerta a lo inconcebible, que de paso a esos seres lovecraftianos que moran en el umbral y que, desde allí, desde el Entremundo, pretenden descender, según parece, para reinar entre nosotros. Aunque, como ya he dicho, ese desarrollo argumental del relato, guarda una sorpresa para nosotros.

³ Walter Burkert, *Homo necans. Rites sacrificiels et mythes de la Grèce ancienne*. Les Belles Letres, Paris, 2005. p. 117 y s.

⁴ *Hellboy*, película de Guillermo del Toro. Basada en el personaje creado por Mike Mignola en 1994 para la editorial de cómic estadounidense Dark Horse.

Sin embargo, a mí me parece observar en aquellas presencias evocadas en la película de Mignola, más rasgos de las criaturas de Arthur Machen que de las entidades serpentiformes y primordiales de H.P. Lovecraft. El autor de *El Gran Dios Pan* argumenta cómo esa colonización tan temida por muchos –al menos en apariencia- cuan pretendida y perseguida fervientemente por determinados cenáculos esotéricos en todos los espacios y tiempos de nuestro mundo, se llevó a cabo, en realidad, hace ya mucho. El resultado de todo ello son ciertos seres que vagan por nuestros bosques más umbríos, celebrando allí ceremonias mediante las cuales se ponen en acción fuerzas de un carácter casi inimaginable, o que viven y residen entre nosotros, a nuestro lado, apartándose de vez en cuando a las recónditas espesuras, para rendir culto allí a sus extraños dioses. Al menos así lo describen investigadoras como Margaret Alice Murray⁵, cuando habla de esas enigmáticas veladas que los habitantes de ciertos pueblos perdidos celebraban durante la noche en recintos secretos e invisibles. Sus vecinos llamaban a estos singulares personajes *Hadas* y *Elfos*. Eran en alguna manera distintos de los humanos, aunque vivían cerca de ellos e incluso entre ellos. Pero tenían sus reuniones especiales y secretas –los *covens*- en lugares escondidos y apartados de bosques y montañas.

Allí se les aparecía un personaje al que denominaban el Hombre de Negro, el cual traía –según afirmaban- paz, dicha y felicidad para sus adoradores. Pero cuando se mostraba ante ellos, los asistentes hacían sonar un extraño instrumento de propiedades tan particulares que era capaz de alterar de alguna manera las relaciones espacio-temporales, pues, además de asegurar la invisibilidad de los implicados en aquellas celebraciones mágicas, podía percibirse, en el exterior del círculo secreto y a gran distancia de él, como el sonido de un poderoso trueno en medio de las montañas, lo que despertaba un gran temor entre los aldeanos, según narran las crónicas.

Un instrumento semejante aparece en la primera película de Mignola, aunque en este caso se trata de una máquina que, con sus rápidos giros, pretende abrir un vórtice de comunicación, no entre este nuestro mundo y el Más Allá en que residen los muertos y los dioses, sino con respecto al espacio intermedio existente entre aquellos dos planos de la realidad, con el fin de obtener una conjunción energética orientada hacia el ámbito en el cual moran los entes condenados a permanecer allí aguardando, dormidos pero no muertos y donde se mantienen prisioneros –en una cárcel constituida, según se dice, por capullos de cristal- los dioses olvidados, señores de la oscuridad y dueños de la Nada.

Tal vez sea necesario entonces descubrir el rostro auténtico de todos estos personajes del folklore, hadas, elfos, duendes, a los que el propio temor humano ha revestido de un aspecto amable y bondadoso, pero que, al menos en algunos casos, suelen encubrir bajo aquellas denominaciones criaturas no del todo bondadosas, cuando no vienen a disimular seres decididamente malignos y competidores con respecto a la humanidad que ha colonizado indiscriminada y avasalladoramente sus lugares sagrados y sus áreas reservadas de residencia. Aunque, por desgracia y como veremos, no sólo de dichos seres hemos de guardarnos.

Sabemos que existe algo parecido a un recuerdo ancestral que se hace patente prácticamente en cada una de las culturas humanas de toda época y lugar y que nos habla de un gran enfrentamiento, ocurrido en un tiempo mítico, entre las fuerzas de la luz y las de la oscuridad. En algunas de estas leyendas la humanidad participaba de forma activa en esa lucha cósmica, mientras que en otras permanecía al margen de ella, limitándose a observar los acontecimientos y a recibir a los derrotados y exiliados que en su momento provocó aquella guerra primigenia. Pero en cualquier caso, una vez restablecido el orden cósmico casi siempre motivado por el

⁵ Ver de esta autora, *El dios de los Brujos*, Fondo de Cultura Económica, México 2006. p.49 y s. y 129 y s.

triunfo de las fuerzas de la luz o del Bien, sus enemigos, lejos de permanecer sometidos y callados, aspiran siempre a recobrar su dominio o su prevalencia. Hablamos entonces del Camino Secreto y de las posibilidades que esa vía reservada encierra para llegar hasta donde se albergan los viejos dioses oscuros. También hemos de hablar de los agentes humanos que, desde un principio, han colaborado con aquellas fuerzas aparentemente derrotadas.

Porque, como dice Arthur Machen, la realidad más patente nos muestra que el Bien y el Mal no pueden concebirse separados o ausentes uno del otro. El Mal es así el mismo Bien, pero visto desde el Otro Lado, lo mismo que el verdadero Mal es una pasión solitaria del alma⁶.

2. Atraer hacia nosotros a los Dioses Primordiales. Hellboy y los esfuerzos esotéricos de los nazis. Hellboy y los resplandores del Sol Negro.

El resultado de todo ello conduce a la constatación de un hecho: entre nosotros, entre los seres humanos que vivimos, gozamos, sufrimos y padecemos en todas las épocas y circunstancias de la vida, permanecen al parecer desde siempre –o al menos desde un principio remoto- criaturas muy diferentes a nosotros, frente a las cuales los seres humanos adoptamos actitudes de adoración, de respeto o de rechazo, pero siempre imbuidas por el miedo a lo que es, o puede ser a veces, ajeno y hostil a lo humano. Ese es un sentimiento que inspira tanto a las religiones como al inmenso corpus de leyendas y tradiciones que las distintas culturas atesoran. En medio de ese piélago profundo y peligroso existen algunas fuerzas oscuras que intentan prevalecer sobre los demás elementos en conflicto, inspirando los motivos que aparecen por doquier en las antiguas leyendas de todos los pueblos.

La constancia internalizada y expresada mediante diversas instancias de lo inconsciente colectivo, relativa a algo diferente y no siempre benévolo que aguarda allá, en el espacio que existe entre los mundos, se ha querido aprovechar en no pocas ocasiones por aquellos que manejan el poder, para justificar su predominio y también para apoyar sus intereses sobre el inmenso potencial alucinatorio que pueden encerrar determinadas creencias y condicionamientos producidos a través de los procesos de socialización y de propaganda. El movimiento nacional-socialista –el *Bewegung* que en la intención de Adolfo Hitler debía ser, según parece, algo más que un fenómeno político⁷- es un ejemplo paradigmático de cómo el éxito pleno en el manejo y manipulación de los sistemas de creencias o de los procesos simbólico-cognitivos, únicamente puede conseguirse –y de hecho se consigue con un éxito inimaginable, ayer y en los días que corren- poniéndose a ello con un esfuerzo decidido de la voluntad y con ausencia total de escrúpulos. Tal circunstancia puede explicar perfectamente casi por sí sola el triunfo de una ideología como la que sostenía al nazismo, aunque desde luego no se pueden olvidar el resto de argumentos políticos, económicos y sociales que suelen esgrimirse en la discusión de estas cuestiones.

⁶ Arthur Machen, *The Great God Pan*. Hay edición española: *Antología de cuentos de terror*. 3. De Arthur Machen a H.P. Lovecraft. Alianza Editorial, Madrid, 1988. El *Gran Dios Pan* figura entre las páginas 9 y 72. *El Pueblo Blanco*, entre las páginas 73 y 120 de dicha edición. La cita aparece en este segundo relato, en la página 81, junto a otras interesantes consideraciones que merecen recordarse.

⁷ Escúchense si no los discursos pronunciados por Adolf Hitler en el curso de los *Reichsparteitage* celebrados anualmente en Nuremberg desde 1933 a 1938, algunos de los cuales aparecen recogidos como testimonios esclarecedores en el documental de Leni Riefenstahl *Triumph des Willens (El triunfo de la voluntad)*, 1934.

Sin embargo tampoco debemos menospreciar la extraordinaria importancia que poseen los sistemas de creencias, articulados en las más diversas formas y estructuras, para asegurar la expresividad de los seres humanos y sus manifestaciones colectivas en y a través de los grupos sociales. En ese tipo de estructuras se asientan, precisamente, las religiones y la organización de los sentimientos de trascendencia que ocupan un lugar clave y determinante en la formación de cualquier personalidad humana. Así, una parte importante del contenido ideológico y trascendente del movimiento nacional-socialista, fue presentado en su momento con la expresión y bajo las formas generales de una religión y con el contenido concreto de un sistema de creencias alternativo al cristianismo.

En el balance del éxito obtenido –considerándolo no tanto desde el punto de vista expresivo de las creencias reunidas por sí mismas en un sistema más o menos institucionalizado, cuanto en el impacto que todo ello produjo sobre amplias capas de la población, en cierto modo predispuestas a su aceptación por causas muy complejas pero, en cualquier caso, susceptibles de ser estudiadas- fueron determinantes las actuaciones y manipulaciones de numerosos ideólogos y propagandistas del propio NSDAP, así como las llevadas a cabo por elementos destacados del movimiento *völkisch* en los periodos históricos inmediatamente anteriores a la expresión conocida y pública del nacional-socialismo. Dentro de ese sistema de creencias trascendente que constituía el núcleo duro del nacional-socialismo, tuvieron una notable importancia ciertos aspectos que, de ordinario, suelen eludirse en los estudios de aquél período histórico o ser incluidos dentro del apartado “nazismo-esotérico” que, salvo excepciones, suele considerarse de manera superficial y tangencial por la historiografía académica.

Sin embargo, numerosos catedráticos, profesores y científicos de diversas ramas del conocimiento universitario, colaboraron estrechamente con ciertas instituciones creadas al efecto por el régimen nazi –como la *Deutsches Ahnenberbe* o Herencia Ancestral y el *Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg* (EER)- y sostenidas por personalidades tan importantes de dicho régimen como pudieron serlo el *Reichsführer* SS Heinrich Himmler o el ministro e ideólogo del movimiento Alfred Rosenberg, miembro de la *Thule Gesellschaft* y autor del famoso libro *El Mito del siglo veinte*. El número de colaboradores, sobre todo en áreas como biología, medicina, antropología y arqueología –sin excluir algunos campos científicos de aplicaciones más directas en el curso de la guerra desencadenada en aquellos años, como física nuclear y química, entre otras- fue lo suficientemente numeroso como para que no se pueda considerar esa colaboración como algo coyuntural, ni mucho menos marginal⁸.

Pues bien, muchos de estos aspectos de naturaleza científica y técnica, pero vinculados al mismo tiempo con diversas corrientes de creencias oscuras y subterráneas relativas a universos de existencia paralela, mundos abismales o a fuerzas extraordinarias que aguardan en umbrales que siempre están a punto de abrirse hacia nosotros, aparecen manifestados con gran intensidad en la primera película de Hellboy. Así, por ejemplo, tendencias estéticas fundamentadas en dichas corrientes, se muestran en el diseño de ese ámbito oscuro, integrado por una sucesión difícil de abarcar de salas, pasadizos, túneles y soportales que forman un verdadero laberinto en donde aparecen tanto las criaturas demoníacas tipo Samael como los agentes humanos que las invocan, manipulan o sueltan en nuestro mundo. Algunos

⁸ Acerca del papel representado por diversas áreas del conocimiento en tareas de colaboración con el régimen hitleriano, existe ya una bibliografía muy abundante. Como ejemplo, Volker Losemann, *Nationalsozialismus und antike. Studien zur Entwicklung des Faches Alte Geschichte, 1933-1945*. Hamburg 1986. Desarrollo estos aspectos en otro trabajo más extenso –*Deutsche Ahnenerbe y Wewelsburg: Instrumentos nacionalsocialistas de lo Sagrado*- de próxima aparición.

apuntes de tipo alquímico se dejan notar también, por ejemplo, cuando Rasputin da vida al demonio Samael a partir de unas Sales Esenciales guardadas en el interior de un Arcano, es decir, de una Imagen protectora de secretos, tan común en la técnica de la Magna Obra.

Pero no cabe duda que la vinculación de todas estas corrientes de conocimiento esotérico se establece de un modo particular respecto a las organizaciones de ideología próxima al nacional-socialismo, vinculadas directa o indirectamente con dicho tipo de investigaciones, realizadas acerca de lo extraño, heterodoxo y prohibido (Así, el mundo hueco de hielo y fuego postulado por Hörbiger, los procesos de brujería de la Europa medieval entendidos como eslabones de una conspiración cristiano-judaica tramada contra la vieja religión aria, la pretendida existencia de mundos perdidos como Hiperbórea o Atlantis, o los minuciosos estudios llevados a cabo sobre las investigaciones secretas y escondidas de los alquimistas, entre otras) que verdaderamente fueron emprendidas bajo el auspicio de las más altas autoridades del régimen o, cuando menos, con su conocimiento, autorización y connivencia⁹.

El objetivo mas o menos manifiesto de todas estas operaciones misteriosas, llevadas a cabo en un ambiente barroco y opresivo que tan bien se corresponde con las líneas generales de actuación simbólico-cognitiva desprendidas de la *Weltanschauung* nacional-socialista, es obtener nuevas armas de un tipo especial e inesperado para enfrentarse a los enemigos que asedian al Reich. Pero aceptarlo así –por más que pueda llegar a ser una conclusión efectivamente desprendida del juego textual de imágenes y diálogos- sería olvidarnos de con quien –o con qué- estamos tratando. Desde luego, eso no es lo que pretendió en su momento el creador en comic de Hellboy –Mike Mignola- ni tampoco lo que parece desprenderse de las intenciones últimas de Guillermo del Toro, al menos en lo que a mí me parece entender. Nada en sus respectivas obras justificaría una visión tan limitada, lineal y estrecha de la historia o de sus personajes.

Hablando concretamente de la película lanzada en el año 2004, es decir, de la primera de la serie, la historia se dispone en ella, cuando menos, en tres niveles de significación. El primero y más superficial presenta el juego externo de unos personajes de aventuras que, si no fuera por la introducción, donde se relata la apertura del vórtice dirigido hacia el Entremundo y la llegada del propio Hellboy, presentándose además toda una serie de personajes misteriosos y llamativos que más tarde jugarán papeles destacados, podríamos dejar reducido a un simple relato de ficción de carácter barroco, aún cuando ello resultara perfectamente comprensible y asumible en su presentación y desarrollo. Esto podría entenderlo así cualquier espectador –o *lector*, diríamos, siguiendo a Umberto Eco- que asistiese al espectáculo sin más pretensiones.

No obstante, sabemos muy bien que un texto no solo puede tener diferentes lecturas, sino guardar además entre sus páginas cierto código –o códigos- con los que sea posible acceder, una vez descifrados, a una interpretación de nivel distinto, realizada sobre un texto secreto que se incluye en el seno de aquél otro que se destina a los no iniciados o no interesados. Tal ocurre, por ejemplo, con el *Perceval* de Chrétien de Troyes, con su cuasi-homónimo, *Parzival*, de Wolfram von Eschenbach e incluso con el *Parsifal* de Richard Wagner, por citar tres obras relacionadas en

⁹ Un ejemplo claro –aunque, desde luego, no el único ni tal vez el más importante- es la creación, desarrollo y sostenimiento de las actividades de la Sociedad Deutsches Ahnenerbe Forschungs und Lehrgemeinschaft, fundada en julio de 1935 por Heinrich Himmler, junto a Hermann Wirth y Richard Walter Darre. Véase sobre el particular Michael H. Kather, *Das Ahnenerbe der SS. 1933-1945*. Oldenburg Verlag, 2001. Más recientemente, Heather Pringle, *Operation Ahnenerbe*. Presses de la Cité, 2007.

aparición muy concretamente con la búsqueda de un objeto sagrado, secreto y misterioso –el Grial- y con las aventuras ocurridas en mundos y ámbitos ambiguos, extraños y sorprendentes –tanto como podría serlo el Entremundo en nuestro caso presente- necesarias para llegar hasta él, pero cuyo objetivo último, reservado y esotérico, consistía en una transformación cualitativa del propio agente, del mismo individuo que busca. Ocurre en éste, como sucede en tantos otros casos similares. Lo importante no es lo que se consigue o lo que se pretende encontrar, sino aquello que acontece, casi siempre de forma inesperada –y eso es una cualidad muy importante de lo numinoso- en el transcurso del desarrollo, azaroso o planificado, de la *Quête*. Lo inesperado y sorprendente suele ser también lo más característico de los caminos y de los procesos iniciáticos aunque, paradójicamente, también es lo que más se tiende a olvidar.

La transformación del que busca, desde una naturaleza demoníaca hasta la personalidad compleja y arrebatada de un genuino guerrero de la luz, ocurre también en el propio Hellboy. Pero toda transformación tiene sus secretos, a veces vergonzosos y en no pocas ocasiones, terribles. Y con ello nos encontramos en el umbral del segundo nivel de lectura posible de este texto. Hasta aquí es posible llegar sin demasiada ayuda externa, casi con el desarrollo normal de los elementos básicos suministrados por el relato. El demonio se rebela contra su propia naturaleza y se niega a aceptarla. Quiere seguir por el camino trazado por su padre adoptivo, aquél que le recogió cuando traspasaba el umbral abierto hacia el Entremundo y que le educó como a un ser humano. Pero ahora, en un momento dramático, aparece su verdadero padre, una criatura tan ambigua y paradójica como ese lugar perdido del que ambos proceden y llamada Rasputin. Él le informa acerca del destino que le aguarda. Hellboy no es el superhéroe ingenuo, enamorado y un tanto bruto del comic. Cuando se le acerca Rasputin, se produce en su interior una transformación que puede conducirle en caída libre hacia el enfrentamiento con el misterio y el propósito oculto de su doble identidad, convirtiéndose en la llave del destino que puede abrir paso a los Señores Oscuros, expectantes, preparados siempre para presentarse por sorpresa, como lo numinoso suele hacer. Y el mundo donde lo numinoso se anuncia ya no es nuestro mundo, aunque nosotros continuemos viviendo en él. El destino de la especie humana será, en el mejor de los casos, compartir la negrura de esa espera respecto a algo que se anuncia, que está por llegar, aun cuando todavía no se haya manifestado.

Todo lector que frente al texto que interpretamos y en la medida de los acontecimientos que en dicho texto se desarrollan, se haya planteado el misterio de la doble personalidad humana-demoníaca de Hellboy y sea capaz de entender que esa coincidencia plantea una terrible amenaza, aun cuando todavía no se haya descubierto su naturaleza, habrá superado una etapa más de ese camino iniciático propuesto consciente o inconscientemente por el autor sobre el personaje protagonista. Habrá abierto su alma a una posibilidad ciertamente muy desagradable y desesperanzadora, todo hay que decirlo, aunque todavía no a la certeza de su ocurrencia inevitable y vinculada con algo que, en efecto, tuvo una presencia por suerte no demasiado intensa ni definitivamente implantada entre nosotros: el resplandor del *Schwarze Sonne*, el Sol Negro, el cual activa con su mismo aparecer-en-el-mundo y tal vez con algunas ceremonias adecuadas, un acceso posible de ida y vuelta al Entremundo, a través de la vía de los muertos.

3. Hellboy y los ejércitos de la oscuridad. Recuerdo de nuestros miedos más ocultos.

El texto al que hacemos mención –en nuestro caso, según ya hemos dicho, la primera película de Guillermo del Toro y sus precedentes e inspiradores, las historias del personaje creado por Mike Mignola- nos ofrece la posibilidad de acceder a un tercer nivel, quizá el más reservado y exclusivo, porque asegura, hasta donde ello es factible y hacedero, la posibilidad de entrever algo de lo que hubiera sucedido en nuestro mundo en el caso en que los ejércitos de la oscuridad, convocados por el nacional-socialismo, hubieran cumplido sus propósitos.

Para conseguir el acceso a este nivel, lo que se hace posible mediante la contemplación de las imágenes y a través de una adecuada interpretación llevada a cabo sobre las nuevas claves que surgen a partir de la comprensión del código visual y cognitivo establecido en el plano anterior, es necesario, como primera medida, abrir la caja que encierra nuestros miedos y temores más ocultos. Miedos y temores que permanecen vinculados a diversas expresiones de nuestro inconsciente y a los que sólo en ocasiones especiales les es permitido asomarse y salir a la luz. Prestemos la mayor atención a las circunstancias de este particular encierro y preguntémosnos por su significado, en medio de la selva de palabras vacías que, de ordinario, nos rodea.

Así, la llamada vía de los muertos, que está representada en el castillo de Wewelsburg por la *swastica radiata*, la cual figura en lo más alto de la cripta de la torre Norte de aquella fortaleza –que como sabemos fue un lugar de iniciación para determinados grupos selectos y secretos durante el período nazi y también un centro de investigación, archivo y depósito, entre otras cosas, de expedientes de brujería robados en museos e instituciones de toda Europa- aparece colocada justamente bajo la imagen del *Schwarze Sonne* que, diseñado en mosaico, se muestra en el suelo de marmol de la sala de los *Obergruppenführer*¹⁰.

El Sol Negro allí situado activaría a buen seguro el camino de los muertos durante las ceremonias que se celebraron en ese lugar y de las que casi nadie habla¹¹. Lo mismo que ocurre en otra escena clave de Hellboy, cuando la sangre del sacrificio, corriendo por las estrías del laberinto, hace posible el renacimiento de Rasputin, el Enviado. Esa escena de la sangre que fluye –hermosa imagen, si se me permite decirlo, movido por un espero que inofensivo placer estético- es la puerta que nos conducirá hacia la expresión del tercer nivel de lectura sobre el que estamos hablando.

La historia exotérica narrada con gran habilidad por la película, nos lleva hacia los vericuetos de una vana persecución de aquella criatura ambigua que recibe el nombre de Rasputín y al que sirven los sicarios nazis que laboran por conseguir la superarma definitiva, aunque de tales sicarios habría mucho más que decir antes de

¹⁰ El castillo de Wewelsburg, castillo medieval en ruinas, situado cerca de la ciudad alemana de Paderborn, muy próximo al bosque mítico de Teutberg, fue reconstruido en 1934 por orden directa de Himmler, bajo los auspicios de Karl Maria Wiligut. Su forma triangular con uno de sus vértices orientado aproximadamente hacia el Norte magnético, mantiene un gran significado esotérico, pues, en su momento, fue considerado como uno de los centros mágicos del mundo nazi, indicando la dirección de la mítica Hiperbórea. Hoy día se ha reconvertido, desempeñando un doble papel como museo y albergue juvenil.

¹¹ Walter Schellenberg –responsable de la sección de contraespionaje del SD de la SS- hace algunos comentarios sobre las peculiaridades de Wewelsburg y de los personajes que allí recibía su jefe, Heinrich Himmler. Ver *Le Chef du contre-espionnage nazi parle (1939-1945)*. Ed. Julliard, Paris 1957. Hay una versión española: *Los “secretos” del servicio secreto alemán*. Editorial Mateu, Barcelona, 1961.

terminar con el tema¹². Pero cuando Rasputín vuelve a nacer a partir del lago de sangre, no lo hace para abrir las puertas de nuestro mundo a las deidades tentaculares de Lovecraft que parecen aguardar ese momento –con más pena que gloria y con una cierta resignación- en su prisión espacial del Entremundo.

A quien busca el Enviado es a Hellboy, la criatura diabólica que ha sufrido una transformación desde su condición primera. Parte de su carácter demoníaco se ha conservado, por más que la educación de su padre adoptivo haya procurado hacer crecer en él también una parte humana. Rasputín quiere, precisamente, esa parte humana. No le interesa el demonio que junto a ella coexiste en Hellboy. Esa porción demoníaca únicamente ha servido para catalizar lo que en su trozo humano se haya podido desarrollar gracias a dicha simbiosis. Y aquí nos encontramos a las puertas mismas, en el umbral propiamente dicho, del tercer nivel de nuestro texto: ante la presencia del gran misterio.

Como es bien sabido, Hellboy ha de incrustar su gran puño de piedra en la cerradura del Destino. Una vez que gire esa llave, se completará el proceso iniciado hace miles de años y los ejércitos de la oscuridad invadirán nuestro mundo. Por un cielo carmesí se extienden frente a nosotros los tentáculos de los dioses primordiales, mientras una sinfonía de fuego lo llena todo con su hálito mortal. Una sugerente presentación, bien preparada para los lectores no avisados o despreocupados respecto al verdadero mensaje que, desde esa parafernalia de colores y símbolos, intenta hacerse presente.

Sin embargo, en ese preciso y crítico momento cumbre del relato, lo que Hellboy descubre, con los cuernos demoníacos plenamente desarrollados en su frente y a punto de dar la vuelta al puño-llave incrustado en la cerradura del Destino, es que el mayor de los peligros no viene de Rasputin, la criatura híbrida varias veces renacida y tanto más próxima por ello al tránsito definitivo. Tampoco procede la amenaza de esos pintorescos Dioses primordiales, de tentáculos vacilantes y espíritu tan ajeno como perezoso ante cualquier intervención que vaya más allá de un gesto vago o de un tibio compromiso. Los dioses de Lovecraft, pese a su aspecto estremecedor, son en realidad deidades ociosas, que se encuentran muy bien allí donde están, en su exilio, retenidos en una prisión en la que es posible, al menos, permanecer lejos del fastidio que para ellos representan sin duda sus adoradores. El verdadero peligro viene del propio ser humano, de su interior inquieto y de las preguntas que eternamente se hace y que, también eternamente, quedan sin respuesta.

No son las criaturas primordiales de quienes hemos de temer, sino de aquellas otras que apenas quiere describirnos Arthur Machen. O de las que es posible entrever, como imágenes subliminales, entre los fotogramas de la primera película de Guillermo del Toro. Y esas vistas, furtivas como sombras, se parecen demasiado a nosotros en sus impulsos huidizos. En una escena memorable de su segunda película –que ahora no es objeto de estos comentarios, pero que lo será en un próximo trabajo- alguien dice a las personas reunidas en una sala de subastas: “Ahora recordareis por qué temíais a la oscuridad”. En la oscuridad, ya lo sabemos, atacan los monstruos. Pero cuando ella viene, también queda libre, sin las cadenas con las que de ordinario está oprimido, aquello que, quizá, es genuino y ardientemente representativo de nuestro ser más propio.

Los Humanos, descubre Hellboy en ese instante, son los auténticos Dioses oscuros que se alzan en las sombras de todas las leyendas y en el desplegarse simbólico-cognitivo de todas las trascendencias. Es entonces, cuando se manifiesta aquello que verdaderamente mora en su semidesvanecida tiniebla interior. Puede ver entonces que es lo que le llama y también la clase de criatura en que ha estado a

¹² Ello será motivo –espero- junto con otros pormenores que van saliendo del texto al tirar del hilo hermenéutico, de un próximo trabajo

punto de convertirse si hubiera respondido a ese clamor. Y sólo por que en él existe igualmente una parte de demonio que no ha podido ser dominada, sólo por eso, es capaz de resistir el terrible requerimiento y romper, con un golpe seco, la cerradura del Destino.

El Miedo, la Desgracia y la Ira, la Certeza absoluta y la ausencia del *Por qué*¹³, junto con esas justificaciones que la maquinaria atroz preparada para industrializar el sacrificio siempre tiene a punto, han quedado detenidos una vez más en su prisión de sueños.

Lo inseguro y lo ambiguo pueden volver a reinar, al menos por el momento. Hasta que aparezca el próximo profeta.

¹³ Aquí no hay *Por qué*, decían los verdugos nazis a sus víctimas en los campos de exterminio.